



JESUS Y MARÍA

DECHADOS DE LA DONACIÓN PERSONAL

HEMOS dicho que era preciso consagrar á Dios nuestra personalidad dándole el *yo* que es el ser, el yo que es el centro de las relaciones y recibe el afecto y la alabanza; este yo que es nuestro fin natural. Es verdad que uno, por el hecho de los votos, se da á sí mismo á Dios; mas yo os propongo que hagáis además una consagración explícita de vosotras mismas á Jesucristo, en virtud de la cual deseéis practicar vuestros votos religiosos y todas las virtudes con un espíritu de amor de Dios amado por respecto á Él mismo, de renuncia total en cuanto á vosotras mismas, y de ofrenda, holocausto y sacrificio de vuestro propio ser á Jesucristo, el cual viva en vosotras como primer principio y único fin vuestro de naturaleza y gracia.

Pero diréis que es muy difícil llegar á amar siempre á Jesucristo por Él mismo y á nunca buscarse en nada. Cierto; difícil es llegar á la perfección del amor, é imposible es obrar continuamente con un

amor actual; pero lo que os propongo es que os déis á Dios por un acto de amor que abrace vuestro ser y toda vuestra vida, y luego, que obréis todo lo más que podáis conforme al espíritu de ese don de amor. Es mucha la diferencia que hay entre estas dos cosas: tener el hábito de una virtud es proceder según su espíritu ó ejercitarla siempre actualmente por medio de actos positivos.

Así es como os constituyen religiosas vuestros votos de religión; por manera que, aun en los casos en que no realizáis actos formales de pobreza ó de obediencia, no por eso dejáis de obrar como religiosas, y siempre debéis, por lo menos, obrar conforme al espíritu de esos votos.—Pues bien; de igual manera, cuando entregáis vuestra personalidad de una vez para siempre á nuestro Señor, os ponéis en sus manos en un estado de abandono, de anonadamiento personal, y en adelante, por virtud de ese don, os consideráis como dependientes en absoluto de Jesucristo y os esforzáis á que nuestro Señor viva, obre, mande y reciba todo en vosotras, en vez de vosotras mismas.

La perfección de este don que uno hace de sí mismo y que sería la vida y el reinado perfecto de Jesús en nosotros, es indudable que nunca se consigue aquí abajo; pero ¿qué razón hay para no comprometerse á tender hacia ella incesantemente? Y así como para hacer voto de obediencia no se aguarda á ser perfectamente obediente, sino que, por el contrario, se hace desde el principio, porque el voto comunicará gracia y auxilio propios, por la misma razón os pido que ofrezcáis á nuestro Señor esa donación de vosotras mismas; la cual primero practicaréis muy imperfectamente, pero luego menos y después mejor;

os conseguirá una gracia particular; se aumentará por vuestra fiel correspondencia y poco á poco adquiriréis la costumbre de no consideraros como principio ni fin vuestro, sino de obrar bajo la dependencia y voluntad de nuestro Señor y únicamente para El; de referirle el fruto de todas las cosas, puesto que todas las ha realizado en vosotras. Así llegaréis á saber habitualmente renunciaros por completo y á no vivir sino de Jesucristo, por Jesucristo, en Jesucristo y para Jesucristo.—Eso es el don que de sí mismo se hace: una consagración cuyo espíritu se extiende sobre todos los actos de la vida, y en virtud de la cual no se considera uno ya delante de Dios como una persona, sino como un miembro del cuerpo de Jesucristo, del cual éste es cabeza, alma y persona; se tiende á no juzgar ni á emprender cosa alguna por sí mismo; á no ser más que un intermediario, un instrumento de su voluntad; á no ser nada final ni céntrico para las criaturas, y por consiguiente á no procurar ni aceptar el afecto y la estimación de ellas para sí propio, sino á referirlo todo y hacer que con toda fidelidad pase y llegue á la divina Persona á quien uno se ha dado, y á cuyo poder se ha entregado por completo. El motivo de esta donación es un amor desinteresado y generoso de las bellezas de Jesucristo y de sus amabilidades, un reconocimiento de sus derechos, de aquellos especialmente que sobre nosotros le crea la Comunión, por la cual viene á tomar completa posesión de todo nuestro ser para vivir y mandar en él como dueño soberano. Ahora bien; un perfecto dechado de esta vida, en que uno se entrega enteramente á Dios por Dios mismo, lo tenéis en primer término en la Santísima Virgen María.

Llena de gracia la llama el Santo Evangelio, y el ángel le dice que el Señor está con ella; pero ¿de qué manera? Plena y soberanamente; el Espíritu Santo reina en su mente y en su corazón, donde dirige todos y cada uno de sus pensamientos y afectos; es el ser de María, la cual ya no está en sí misma, sino por completo en el Espíritu de Dios, que la cubre, la envuelve y reviste todas sus potencias con rayos de su gracia y de su amor.

María manifiesta su correspondencia á esta vida de Dios en ella con esta bendita expresión, una de las más hermosas que haya escuchado el mundo: «He aquí la esclava del Señor.» ¿Qué quiere decir? Me abandono y por completo me entrego para cuanto en mí quiera hacer mi Dios y Señor; jamás quiero pensar, querer, ni obrar sino como esclava suya, inspirada, movida y conducida en todo por su voluntad.

«¡He aquí la esclava del Señor!» ¿Y qué es esto sino la fórmula del don que de sí mismo se hace, puesto que el esclavo pierde su nombre, su autoridad y hasta su vida, que se transfieren á la potestad del que le posee? También María es perpetua esclava de amor del Espíritu Santo, y toda su vida no será sino una manifestación de su sumisión, obediencia y total olvido de sí misma. Como esto lo realiza por amor, llámase también Madre del Amor hermoso, es decir, de ese amor que ama á Dios por él mismo, á causa de sus perfecciones y hermosuras, porque es el principio y fin de todo.

Vedla durante toda su vida, víctima siempre de este puro amor, amando á su divino Hijo por respeto á él y no á sí misma, sin pedirle en ningún caso consuelo para ella, sin intentar desviarle de la

muerte, ni ¡siquiera retrasar un momento para gozar todavía de aquel Hijo querido, sino, por el contrario, acompañándole al Calvario para sufrir allí con él dispuesta á ocupar su sitio si el Padre lo hubiese querido, y hasta inmolarle para obedecer las órdenes de su divina justicia. ¿Se busca á sí misma en algo? ¿No es esto el amor por el amor?

Pero nuestro Señor le ha hecho que durante su vida entera practique este amor; la ha dejado pobre, abandonada, sufriendo en su corazón; le ha rehusado, durante su vida pública, hasta aquella clase de consuelos que tan legítimos pudieran parecer.— Cuando en Caná le dijeron: «Tu Madre te busca ahí fuera,» nuestro Señor trata á ésta con aparente dureza, y es porque sabe que ella le ama puramente, que nada busca en cuanto madre natural suya, sino que, más que nada, es su sierva, su discípula, miembro suyo por la fe y el amor sobrenatural.

La Santísima Virgen, que tantas gracias había recibido, y que con tanta perfección ejecutaba todas sus acciones, ¡cuánto debió de glorificar á Dios reconociendo que ella nada era, ofreciéndole todo el mérito y refiriendo á él toda gloria! Nunca nuestro Señor vivió ni vivirá con tanta plenitud en una criatura, ni jamás reinará en otra alguna por modo tan soberano, pues no era María, sino Jesús, el que pensaba, juzgaba y quería, y la Virgen se contentaba con repetir en cada pensamiento y en cada uno de los latidos de su corazón, y todavía más por cada una de sus acciones: «He aquí la esclava del Señor,» *Fiat mihi secundum verbum tuum!*

Nunca una resistencia, jamás una vacilación, una divergencia ni demora alguna opuesta á la vo-

luntad de Jesucristo respecto á ella, sino identidad de sentimientos, miras y deseos; por eso era ella trono y lecho de reposo para el Señor; su tabernáculo y paraíso de delicias, y lo será para siempre en la gloria, como lo fué en el trabajo y en el mérito: *Deus in medio ejus non commovebitur.*

Ahí tenéis vuestro modelo, supuesto que sois las siervas de Jesús sacramentado; por lo tanto decid siempre y realizad por amor la frase de María: «He aquí la esclava del Señor,» y vivid amando á vuestro Dueño.

Mas no es suficiente este hermoso dechado, pues hay uno que le excede en perfección, porque cuando yo os propongo que déis por amor vuestra personalidad, os pongo en condición de que hagáis lo que Jesucristo fué el primero en hacer, dándonos un ejemplo que seguir.—Sí; Jesucristo ha servido á su Padre con el sacrificio perpetuo de su personalidad humana; y si vosotras comprendieseis del todo este pensamiento, excluiríais: «¡Oh mi Señor Jesucristo, quiero como Vos servir á vuestro Padre!» Y en realidad, el dar uno su personalidad y prescindir en todo de sí mismo es reproducir por la gracia, en cuanto la naturaleza humana lo permite, el misterio y el espíritu de la Encarnación del Verbo.—Bien comprendido, ¡qué gran pensamiento es éste!

En nuestro Señor había dos naturalezas, la humana y la divina, pero una sola persona: la del Verbo.

A fin de comprender esto, sabed que toda naturaleza tiende esencialmente á alcanzar su natural perfección, y desde que el cuerpo se une al alma, esta unión produce la personalidad humana, que llega como perfección extrema del hombre para hacer

existir, conducir y poseer el alma y el cuerpo y ser el principio de toda la vida.

Mas por una acción de Dios que fué única y que nunca se reproducirá, en el momento en que el cuerpo y el alma de Jesús fueron creados en el seno de María por obra del Espíritu Santo, se unió á ellos la persona del Verbo, se los apropió y se adelantó con su presencia á la personalidad humana que hubiera debido resultar de la unión de un alma y de un cuerpo humanos: de los cuales esta Persona divina se apoderó para siempre; y como la naturaleza divina es desde toda la eternidad la naturaleza propia del Verbo, por eso con igual verdad la santa humanidad formó desde entonces su segunda naturaleza; de modo que una sola Persona divina tuvo en propiedad dos naturalezas, y obró por las facultades de una y otra, la divina y la humana: tal es el misterio del Verbo humanado.

¿Y por qué el Verbo no admitió la personalidad humana de la naturaleza que tomaba? — Porque un ser sólo puede tener una persona, puesto que ésta es el último complemento del ser y lo hace incommunicable á todo otro; de modo que si la humanidad de Jesús hubiera tenido su personalidad humana, no hubiera podido estar unida al Verbo en unidad de persona, como era necesario para que se verificase la Redención.

Decía un hereje que habiéndose unido la persona del Verbo á Jesucristo ya persona humana, resultaban en Jesucristo dos personas, y había en él un hombre y un Dios, y que Dios Padre era el principio de la persona divina y María de la persona humana. Pero en tal caso, ¿quién en Jesucristo nos había salvado? ¿El Dios? No, porque Dios no puede morir.

¿El hombre? Tampoco, porque un hombre no puede dar á su muerte el precio suficiente para el rescate de todos los demás hombres.

Enseña, pues, la fe católica que la naturaleza humana no tiene personalidad en Jesucristo, y que se unió directamente á la persona del Verbo, que es su propia y única persona; que María es la Madre, no de un hombre, sino de una naturaleza humana subsistente en la persona del Verbo, y por consiguiente es la Madre del Verbo encarnado.

Pero en esta privación hay para Jesucristo como hombre el origen de una vida particularísima. No se posee á sí mismo, no se dirige; no es una individualidad, una persona, sino que se ha ofrecido y dedicado por una dependencia, no sólo de voluntad, sino de naturaleza y esencia á la persona del Verbo: de lo cual se desprende que así como nuestra persona nos posee, manda y obra por medio de nuestras facultades de alma y cuerpo, así en Jesucristo la persona del Verbo posee, obra y manda como señora única por medio de todas las facultades espirituales y corporales.

Por consiguiente, la humanidad de Jesucristo se hace sierva y esclava del Verbo para siempre, porque ese estado de la unión hipotástica ha de durar eternamente.

Contemplad ese adorable misterio de dependencia de la humanidad santa respecto á la persona de Verbo en la vida de nuestro Señor.—La persona del Verbo era la que mandaba á la naturaleza humana y la dirigía en todas sus operaciones internas y externas; á ella refería nuestro Señor el honor, el afecto, y en ella, y nunca en su humanidad, hacía consistir el fin de todo: cuando algo se diri-

gía á él como hombre únicamente, nada quería aceptar, ni alabanzas, ni afecto ni servicio; ni siquiera quería hacer nada como hombre con independencia de su persona divina; y para persuadir de este estado á los hombres, llegó á ser muy severo, como se nota en sus palabras á su divina Madre, á San Pedro y á los fariseos. En resumen decía: «El Hijo del Hombre nada puede hacer de sí ni por sí mismo; no puede hablar, obrar, ni querer, sino según su Padre y por su Padre;» es decir, según el juicio y la voluntad que su Padre comunica al Verbo como Dios, y que este Verbo manifiesta á la humanidad que le pertenece como sierva suya y su órgano creado.

Por consiguiente, Jesucristo, en cuanto hombre, en su naturaleza humana, en su santa humanidad, estaba en todo y por todo sometido á la persona divina del Verbo, á la cual había sido dado en plena posesión, y para la cual únicamente trabajaba; porque no existiendo en sí mismo, sino en la persona del Verbo solamente, no podía pensar en ser su propio fin, sino que era el obrero activo, el servidor, el órgano fiel y sumiso del Verbo divino.

Pues bien: si queréis dar vuestra personalidad á nuestro Señor, imitaréis, merced á la gracia, lo que Él efectuaba, tanto por su estado esencial como por amor; os daréis íntegramente, y en cuanto al poder de su gracia os lo permita, os desposeeréis y separaréis de vuestra propia personalidad, renunciando á sus derechos, miras é intereses, y rogaréis á nuestro Señor que se ponga en lugar de ella. Y en cuanto á Él, os portaréis, mediante su gracia, con sumisión tan completa como aquella con que vuestras facultades y alma, vuestros miembros y cuer-

po obedecen á vuestra personalidad; ó mejor todavía, os esforzaréis á imitar la sumisión y dependencia, aquel estado de absoluta y amorosa servidumbre que su santa humanidad sostenía respecto á la divina persona del Verbo.

¿No es la obra de las obras el continuar y reproducir en nosotros á Jesucristo? Unirse al espíritu de sus misterios para reproducirlos en nosotros, ¿no es el mejor medio de santidad?—Pues bien: por el don de vuestra personalidad os unís al estado que en Jesucristo es fundamento y raíz de todos los misterios, actos, palabras y méritos de su vida transitoria; pues no fué por una vez y de pasada, por un acto tan sólo de su vida, sino por toda su vida, el constituirse en esta privación de su personalidad humana, pues por este sacrificio y este don hizo su entrada en el mundo; viniendo á continuación todos sus misterios, los cuales, desarrollándose unos tras otros según le iba conduciendo el Espíritu Santo, pusieron de manifiesto este don y este sacrificio, á la vez que, por una parte, de este estado recibían su valor infinito, y por otra sus humillaciones también infinitas; como Dios, igual á su Padre, Jesucristo hacía milagros; como hombre, oraba, se anonadaba en presencia de su Padre, temía, sufría y moría; como Hombre-Dios, satisfacía á la justicia divina y nos rescataba.

¡Ved qué sublime dignidad recibió esta santa humanidad en cambio de su personalidad humana! Unida hipostáticamente, es decir, con unión de existencia y subsistencia al Verbo de Dios, era la humanidad de Dios; de modo que, viendo á Jesucristo, veíase á Dios: era el rostro, la palabra, el brazo de Dios mismo.

¡Unión admirable! ¡Adorable unidad!—Así es que la santa humanidad, como fiel sierva, todo lo remitía á la persona del Verbo, su dueña y su principio, y por medio de ésta á la Santísima Trinidad.

Todos los cristianos tienen gracia para imitar en esto á Jesucristo, pues quiere vivir en ellos, y anonadando en los mismos al hombre natural, ocupar el sitio de éste, de tal manera que, según la palabra de San Pablo, sea él quien viva en nosotros y no ya nosotros mismos. ¿Por qué no abrazar este estado de una vez para siempre? ¿Por qué, mediante un acto formal de donación á Jesucristo, no constituirse en esta gracia del verdadero cristianismo, del verdadero servicio interior, como del más perfecto amor y de la mayor gloria de Dios?

Después de lo cual, toda la vida se reduciría á la renovación y perfeccionamiento de este don, con cuyo espíritu practicaríais todos los deberes y virtudes de vuestro estado, y que convertiría vuestra vida en un continuo sacrificio de holocausto, comunicándole una gracia y unidad que aumentarían vuestras fuerzas y duplicarían vuestros méritos.

¿No es sumamente justo que, no pudiendo haber en todo ser más que un primer principio y sola una personalidad en el hombre, ceda la nuestra su puesto á la de Jesucristo? ¿Seríamos en absoluto de Jesucristo, en caso de que dicho don no estuviese implícitamente contenido en las promesas de nuestro bautismo y en nuestra profesión religiosa? ¿Por qué entonces no renovarlo por medio de una voluntad formal y positiva, dándonos para siempre á su adorable persona y renunciando á la nuestra?

Para comprender exactamente la práctica de esta donación, leed el Evangelio de San Juan, y en él ve-

réis cómo nuestro Señor afirma que nada puede por sí mismo; así es que, en el pensar, consulta el pensamiento de su Padre, es decir, de la divinidad en Él—pues el Padre y el Verbo son una misma divinidad;—para obrar, pregunta á su Padre su deseo; para juzgar, comienza por atender al juicio de su Padre.

Le veréis no permitir que le exalten como hombre, si los que le alaban no refieren la alabanza á la divinidad que está en él: «¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sino sólo Dios.»

Le veréis no permitir jamás que le amen naturalmente, es decir, con amor que se detenga en su humanidad; porque el amor, el afecto se dirige á la persona, y Él como hombre anonadó su persona. Así es que, como si fuera á Satanás, rechaza á San Pedro cuando intenta apartarle de sufrir.—Hasta rechazaba el afecto de su Santa Madre cuando parecía que únicamente se dirigía en Él al hombre; por esa razón no respondió á sus lágrimas y sollozos en el templo sino con estas palabras: «¿Para qué me buscabais? ¿No sabíais que en las cosas que son de mi Padre me conviene estar?» Y sin embargo, amaba á su tierra Madre, como que en ser amado por ella cifraba su mayor contento; mas no quería que pudiésemos engañarnos tocante al carácter de ese amor, que jamás debía detenerse en Él como hombre é hijo de María, sino ir hasta su divina persona, que en Él era el fin único de toda acción, así como el término de todo afecto.

Pues bien; proceded de igual manera, y ya que Jesucristo está en vosotras y en vosotras habita y permanece, que viva libremente en vosotras con autoridad y como primer principio vuestro; renun-

ciando á vuestro propio yo, formad con Él una persona divina y humana; sea Él vuestra persona y no seais sino su naturaleza para servirle por medio de vuestros sentidos y de vuestra alma; remitid á él todo afecto, honor y gloria. Le pertenecéis y en él vivís y subsistís; miembros sois y órganos suyos: muy justo es que sea vuestro fin, supuesto que es el principio.

La Comunión tiene por objeto supremo el producir la unidad de vida y de persona entre Jesucristo y nosotros, y no es perfecta si no llegamos á este resultado; porque al bajar á nosotros no son nuestras obras lo que únicamente pide, sino á nosotros mismos. Cuando el Señor deja el tabernáculo para venir á nosotros, se me figura que dice: «Quiero realizar mi encarnación en esta persona; quiero unirme á ella sacramentalmente, pero con el intento de que mi personalidad ocupe el lugar de la suya; quiero ser su principio y elevar su ser y sus acciones á la unidad divina; yo pensaré y querré en el alma suya; viviré en su cuerpo y amaré en su corazón; glorificaré en ella á mi Padre como le glorifiqué sobre la tierra en mi santa humanidad: para gloria de mi Padre, por su amor y por el de esta criatura, quiero proseguir mi vida paciente y meritoria; daré á los actos de este alma un valor sobrenatural y divino, y seré centro de sus afectos y principio de una vida nueva que será la reproducción de mi propia vida.»

¡Oh, sí! Entrad por esta senda: convertíos en verdaderas siervas de la persona divina de Jesucristo en vosotras, y aún más que esto, haceos sus víctimas, porque Dios es un fuego consumidor, y así como el Verbo ha inmolado y consumido su humani-

dad por medio de una vida de sufrimientos continuos en el alma y en el cuerpo, y por la muerte en la cruz, de igual modo, cuando os deis á Jesucristo, os inmolará por completo.

Por lo que toca á la práctica, consiste en lo siguiente: primero, en no buscar nada para sí; en rehusar toda estimación y afecto de las criaturas; en no quejaros cuando las veáis despreciaros y perseguirlos, y en reconocer que es muy justo que así suceda. Claro está que esto es trabajoso; ¡pero es matarse para vivir!

Causa pena el aceptar la humillación é inmolar su cuerpo y su sensualidad en todo: son cosas que se resisten; pero ¿acaso creéis que nuestro Señor no sintió también el sufrimiento de su sacrificio? Oíidle en el jardín de las Olivas: «Padre: si es de tu agrado, aleja de mí este cáliz!» Este es el clamor de su humanidad, pero al punto la somete á su divina persona y la extiende sobre la pira: «¡No obstante, no se haga mi voluntad sino la tuya!»

También vosotras sentiréis la guerra, la tentación y la humillación; pero aunque faltéis á vuestras promesas recuperándoos en algo, la gracia os asistirá de continuo para levantaros; renovaréis la donación ya hecha de vosotras, y de este modo perseveraréis en vuestra sujeción y seréis siempre las siervas y las víctimas de la gloria y de la voluntad de Dios.

Ea, pues, daos con toda generosidad y sin cálculo: «Para Vos, persona divina de Jesús en mí, honor, amor y gloria; para mí, desprecio y humillación!» ¡Sin cálculo, sí! Como de esta manera os entreguéis, nuestro Señor os recompensará espléndidamente, pues en primer lugar, por más que deis á Jesús el

honor y la gloria de; vuestras obras, tienen un mérito inherente, esencial, que para vosotras queda y lo guardáis para el cielo; recibis además el aumento de gracia que produce toda obra meritoria, y luego, aunque Jesucristo sube al cielo por derecho propio, levanta consigo todo lo que le pertenece, y vosotras formáis con él una unidad. ¿Podiera no acordarse de su propia carne? No; ya cuidará de la felicidad y gloria de ésta. ¡Conque, vosotras, haced desde ahora consistir toda vuestra gloria en entregaros á Él con un amor cada vez más puro, más fiel y más generoso.

